

Muñeco de acción

Christopher Adolfo Aguilar-Reyna

Tomé las llaves del cenicero y bajé a la recepción. Tenía un año alojado en ese hostel del centro, pegado a la plaza mayor. Saqué de la cazadora la cartera, conté los billetes e hice operaciones mentales: cuántos tragos podía beber esa noche mientras esperaba la aparición de una mujer adecuada. Ninguna exigencia especial, sencillamente que al calor de la noche olvidara sus complejos morales.

Me detuve en el centro del *lobby*, tenté mis bolsillos y, después de encontrar la cajetilla, puse un cigarrillo en mi boca. Cuando el fuego estaba por quemar el tabaco, gota a gota comenzó a presentarse la lluvia sobre los cristales de la entrada. Desganado, me acerqué a la puerta. Sobre uno de los pilares de la entrada coronados con una lona al estilo de las peluquerías francesas di chupadas al cigarro esperando que el agua cediera; recién bañado, no tuve deseos de caminar nostálgicamente bajo la brisa.

La lluvia no cedió en un buen rato. Al contrario, se coordinó de tal forma que las gotas parecían la cara de una mujer guaraní tocando el arpa. Hipnotizado con los arañazos del viento y las gotas peinando las lámparas, de a poco un sollozo desentonó con la tormenta. Apreté los ojos ligeramente como quien busca enfocar el sonido y ladeé la cabeza buscando el origen de aquel llanto.

Regresé unos pasos. Lo encontré. Desde las escaleras, el eco cacheteando los muros me hizo suponer que nacía en la parte superior de mi edificio. Era el llanto de una mujer, lo deduje por el lamento dócil cuando las lágrimas descansan.

¿Gratis?, pensé. ¿Sin una copa de pretexto? Ahora que lo pienso es un tanto repulsivo que sin saber quién era y sin haber puesto siquiera el primer pie en el escalón, ya me imaginaba fornicando con esa mujer. Quien quiera que fuera tendría las defensas bajas y sería cosa de ingenio estar con ella debajo de las sábanas. Era cuestión de minutos: unos pasos, un par de orejas, palabras sosas, escalones, saliva, todo aquello que, por simple, provocó en mí una erección y aceleró mi corazón.

Ahí estaba ella, con un muñeco de acción en la mano y con la otra jalando la manga de la sudadera para secar sus lágrimas. Cuando estuvimos frente a frente los dos nos sorprendimos. Dejé de llorar y yo me senté con sigilo a su lado.

Aunque nos conocíamos bastante bien, mi deseo y estrategias ante una mujer vulnerable no desaparecieron. La primera vez que la vi fue por él: mi mejor amigo. Ella, ahora, su exesposa. Caminábamos por los pasillos de la preparatoria y él me dijo, “en serio me gusta aquella pendeja, es muy guapa”. Tuvo un primer acercamiento y me contó, “no mames, ¿qué crees que me respondió cuando le mandé la carta?”. “No lo sé”, le respondí. Y él me confesó divertido, “Escribió: se ve que te llevas bien con tu novia, mejor sigue con ella, yo no quiero problemas”.

Él había tenido mujeres a chorros. A mí el amor me llegaba a penas. Ella había pensado que quien la cortejaba era yo. Él no lo podía creer. Íbamos en el mismo salón. Si la confusión era cierta, esa respuesta, la de la carta de mi amigo, era para mí, y no fue un no rotundo. Desde entonces me gustaba creer que no le era del todo indiferente. Por eso no dudé en absoluto esa noche en explorar sus frustraciones hasta consumir mis perversiones.

Esa ráfaga de recuerdos me dio seguridad. Además, la lealtad había quedado atrás, hacía tiempo que había dejado esa amistad en otra estación de mi vida.

Los años pasaron. Quien creía el amor de mi vida, un día se fue. Años de preguntas, dudas y mucho dolor. En cambio, él la conquistó. Cuando le dio el sí, ambos íbamos en el auto de sus padres y la sonrisa no le cabía en el rostro. Le dije, “estás muy feliz, nunca te había visto así; ella te hará ver tu suerte, sabrás lo que es amar a dios en tierra de indios”. En lugar de reír como cualquier pareja de amigos, cambió el tema.

Fue un silencio largo. Para nada incómodo, más bien conciliador. Frente a nosotros, bajo la puerta al final de las escaleras, la línea de luz parpadeaba, seguramente era el televisor de algún trasnochado que se había quedado dormido con una cerveza o el pene en la mano. Por la ventana, la luna planchaba el pasillo con sus partículas de polvo satinadas. No hubo palabras.

En esos años colegiales, volviendo de una fiesta, ella en el asiento del frente al lado de él, me dijo, “debes olvidarla, supérala, ¿no crees que ha pasado bastante tiempo ya?”, dicho esto con ciertos aires de superioridad emocional. Otra vez, durante una fiesta de quince de septiembre, con otra pareja de matrimonios, en un silencio

incómodo, todos me voltearon a ver y dijeron, “¿para cuándo te vas a casar?, ¿no te cansas de estar solo?”, y yo respondí, sutilmente indignado y posiblemente humillado, “si lo que tienen por relación es a lo que aspiro, prefiero seguir solo”. Entonces, cuando me vio ahí, con los hombros dibujados por la luna, puedo asegurar que recordó esas charlas y sólo atinó a girar el rostro y tocar con los nudillos su nariz enrojecida.

Mejor sonreiremos...

Se alisó el cabello, puso bajo el mentón la mano y con un suspiro tirando la mirada por el suelo, insinuó, o así lo quise ver, una disculpa.

Luego nos besamos. Le dije, y sólo eso bastó, “¿recuerdas los quince años de tu entonces sobrina, cuando fui con aquella mujer tan fácil que a todos encantó? Lucías maravillosa sobre esos tacones negros, con ese vestido del mismo color y tus muslos tan firmes como troncos, y al tiempo tersos y blandos. Estabas tan...”, y fue cuando lo hicimos. Nada especial. Con ambas piernas sobre el escalón, como una yegua que va a dar a luz, bajé su pantalón. Me di unos segundos para acariciar las pantorrillas que hacía mucho fantaseaba prohibidamente poder acariciar y saqué de la bragueta mi pene tan rápido como un pistolero urbano. Fue ella quien me bajó el pantalón para sobarme las nalgas, conectar por última vez con la realidad, y yo, cuando terminé, cogí las últimas gotas de semen y las froté sobre su vientre.

La puerta en el último piso del edificio se abrió. Por las escaleras, los pasos crecieron, pero por alguna extraña razón no tuvimos miedo. Un cerrojo se clausuró y los dos nos dimos la mano para ponernos de pie. Entramos al apartamento. Arrojé al niño y entró al baño. Sirvió un par de copas de vino y sin más se quedó dormida. La dejé ahí, sobre el sillón. Antes de salir tomé de la alacena una manzana, de pronto fumar un cigarro me causaba náuseas. La lluvia desapareció. Me sentía satisfecho con mi cartera intacta.

CHRISTOPHER ADOLFO AGUILAR REYNA. Licenciado en Psicología, escritor, docente y articulista especialista en periodismo científico. En 2016 cursó el Diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores del Estado de México. Ha publicado sus cuentos en las revistas *Neotraba*, *Voz de Tinta*, *Monolito*, *Revoltura*, *Espora* y *Metáforas al Aire*.

Recibido: 7 de enero de 2019

Aprobado: 4 de marzo de 2019